

La fortaleza de Porto Longón: el puesto avanzado de Felipe V en Italia (1715-1735)

Victor García González

Universidad de Málaga, Málaga, Spain, v123gg@gmail.com / victorgg@uma.es

Abstract

The *Presidios* of Tuscany have received less historiographical attention than other fortified sites on the Mediterranean coast. In this context, it is worth mentioning a place unjustly forgotten: Porto Longone (Porto o Puerto Longón in Spanish), today's Porto Azzurro, on the island of Elba. During the twenty years following the end of the War of the Spanish Succession, Longone was an isolated enclave, Philip V of Spain's last stronghold in Italy, whose preservation depended on a frail diplomatic and military balance. Despite its fragile situation, the fortress would be of key importance in maintaining the network of contacts with Italy within the revanchist strategy of the Spanish Bourbon and obtaining intelligence from the territories controlled by the imperial forces of Charles VI. The king's will to turn Longone into a powerful forward base meant that some of the most experienced military engineers of the newly created Spanish Royal Corps of Engineers were stationed there, such as Antonio Montañut de la Perille, Pedro Coysevaux or Simón Poulet. The project for Longone detailed in the plans of 1722 and 1727 written by Coysevaux was comprehensive and addressed both fortifications like the bastions of Castellón, Toledo or Zúñiga and their advanced works as well as other constructions necessary to ensure the defence of the fortress and decent service conditions for its garrison: barracks, warehouses, powder magazines and water cisterns. The War of the Polish Succession would increase the weight of the stronghold as a base for operations in Italy. From 1735 onwards, Porto Longone would be cut off from the dominions of the kings of Spain, but the previous two decades attest to the effort put into its fortification and improvement, without which its conservation would probably have been more seriously challenged by the rivals of Philip V.

Keywords: Porto Longone, military engineers, Philip V of Spain, War of the Quadruple Alliance, War of the Polish Succession.

1. Introducción

Con la firma de las paces de Utrecht y la definitiva conclusión de las hostilidades de la Guerra de Sucesión española entre 1714 y 1715, Porto Longón, en la isla de Elba, se encontraba en una situación tan precaria como milagrosa. Felipe V pudo conservar “la única reliquia que le había quedado en Italia” (Baudot Monroy, 2016: 247) gracias a una mezcla de fortuna y desinterés de las potencias europeas, como puede extraerse de los *Comentarios* del marqués de San Felipe (1725: 231). No obstante, se percibe en la

documentación de este momento cierta inquietud que pone de manifiesto la fragilidad de su situación estratégica. “Los imperiales se hayan poderosos en la Italia”, afirmaba el ingeniero Pedro Coysevaux en su relación de 1722 (1). Poner a Longón en estado de defensa era una prioridad improrrogable si se quería evitar perder su posesión en un golpe de mano austriaco durante este período de “guerra fría” que se dilataría hasta el tratado de Viena de 1725 (Storrs, 2021: 176). La fortaleza era la última base

adelantada desde la que se podía ejercer influencia, obtener inteligencia y coordinar operaciones en Italia en coherencia con el revanchismo o irredentismo borbónico.

Porto Longone había sido reformado por el virrey de Nápoles Fernando Joaquín Fajardo de Requesens y Zúñiga, marqués de los Vélez, tras la conclusión de la revuelta de Mesina en 1678, con intención de prevenir cualquier nuevo intento francés de intervenir en esas costas. Fajardo introdujo ideas modernas: derribó las anticuadas defensas exteriores y levantó al sur un fuerte, que sería conocido como fuerte Fajardo (Foscardo o Focado en italiano), para cubrir con su artillería la bocana del puerto natural, de forma que sus cañones sirvieran de pantalla o espejo a los de la fortaleza principal (Espino López, 2019: 604). Sin embargo, los años de la contienda sucesoria conllevarían que la atención fuera puesta en otros territorios de más peso, con lo que apenas se invirtió en el mantenimiento del perímetro defensivo.

Jacinto de Pozobueno y Bolver fue nombrado gobernador de Longón en 1715, sustituyendo al conde de Montemar, que lo fue interinamente de manera breve pero determinante entre 1714 y 1715 (Baudot Monroy, 2022: 194). Pozobueno recibió instrucciones de Montemar y del secretario de Guerra, Miguel Fernández Durán, cuyo articulado detalla las prioridades de la corona en la plaza. Paradójicamente, las fortificaciones no eran la principal preocupación del momento sino la necesidad de almacenar provisiones ante un hipotético asedio y dotar debidamente una guarnición compuesta de restos de unidades veteranas del anterior conflicto y que casi no contaba con alojamiento adecuado. En el capítulo 16 de dichas instrucciones se conminaba a la guarnición a no sacar víveres de los almacenes sin sustituirlos inmediatamente, ya que de no hacerlo “se arriesgaría la subsistencia y resguardo de dicha plaza, si al mismo tiempo que faltasen los víveres, fuere atacada por los enemigos” (2). Pozobueno centró sus esfuerzos en el mantenimiento del hospital, que por entonces albergaba todavía 40 veteranos enfermos del anterior conflicto, pero otros edificios del interior de la plaza requerirían ser reparados o construidos *ex novo* en los años siguientes.

2. La búsqueda de un proyecto integral

Longón era un puerto natural de cierto tamaño con capacidad para albergar un buen número de buques si se lograba aprovechar las alturas circundantes para proteger su entrada. A pesar de estar enclavada en un área pobre, la fortaleza contaba con población civil tanto intramuros como extramuros, en un arrabal anexo a las murallas (Fig. 3). La falta de recursos y el cambiante contexto diplomático y militar de los presidios de Toscana provocó que las iniciativas constructivas hubieran sido erráticas hasta el momento, lo que quedaba evidenciado sobre todo en la mala factura de las obras exteriores y la carencia o deficiente estado de edificios básicos para la población y la guarnición. Es por todo ello que se consideraba necesario acometer un proyecto general que atendiera tanto al recinto defensivo como a las obras civiles.



Fig. 1- Localización de Porto Longone al este de la isla de Elba (Longón figuraba en ese momento como posesión napolitana), fragmento del mapa del Gran Ducado de Toscana y los Estados Pontificios publicado por Robert Wilkinson en Londres en 1800 (libre acceso en Wikimedia Commons)

Una serie de experimentados ingenieros, de entre los mejores con que contaba el Real Cuerpo de Ingenieros creado en 1711, se haría cargo de la situación en Longón a partir de 1715, redactando sucesivas relaciones y planes de obras que renovarían las características y capacidades de Porto Longón de un modo integral. Destacaron los de origen flamenco y sobre todo francés, lo que no es de extrañar en un momento en el que una cuarta parte de los profesionales del Cuerpo de Ingenieros provenían de Francia (Galland Seguela, 2008: 151).

El primero en proponer un proyecto global fue Antonio Montaigut de la Perille, aunque en el contexto de la Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1720) no pudo disponer de los fondos necesarios para realizar más que reparaciones de urgencia. La mano de obra también sería un problema crónico, pues la escasa población de la isla condicionaba una extrema dependencia de los desterrados o presidiarios y de trabajadores de otros estados italianos. En 1718 Montaigut partió hacia Sicilia con el regimiento de Lombardía que había formado parte de la guarnición de Longón, llegando a tiempo de participar en el bloqueo de Milazzo y permaneciendo en la isla hasta 1720.

Dos años después, otro ingeniero llegaría a Elba para dejar su impronta en Longón: Pedro Coysevaux (también Coisevaux o Coysevox en la documentación). Pese a que únicamente permaneció en la plaza hasta 1727, al ser el autor de las principales relaciones de obras de este período, su labor marcaría el desarrollo de las construcciones en el enclave durante la década siguiente y gran parte del legado patrimonial conservado hasta hoy lleva su firma. En 1722 redactó una detallada relación de Longón que no solo recogía una descripción de su perímetro defensivo y un listado de las obras más indispensables, sino que también incluía información geográfica, económica, urbanística e incluso demográfica, así como consideraciones de índole táctica y estratégica sobre las capacidades defensivas de la plaza en caso de guerra.

Las prioridades fueron revisadas en un nuevo listado de obras en 1725 (3) y finalmente en una última relación de 1727 (4), poco antes de la partida de Coysevaux hacia Málaga, su nuevo destino. Este oficial contó con colaboradores como Juan Durevest, en calidad de ingeniero en segundo, Carlos Luján o Fausto Roncal, pues en

la década de 1720 hubo siempre en Longón entre cuatro y cinco ingenieros (Galland Seguela, 2008: 209). Con todo, el volumen de trabajo en Porto Longone era tan grande que la dotación de ingenieros nunca fue suficiente, por lo que se debió contar frecuentemente con voluntarios surgidos de entre los oficiales de la guarnición y sobrestantes, cuya labor de asistencia a los ingenieros se había vuelto imprescindible. Los sobrestantes fueron asumiendo cada vez más competencias, sobre todo en lo que respecta al suministro y vigilancia de los materiales y la supervisión de las obras.

Los documentos mencionados anteriormente, junto a los informes sobre ellos de Jorge Próspero de Verboom, ingeniero general de Felipe V, son los que se han seguido en este trabajo para analizar la evolución de Longón en el período estudiado. En su relación de 1722, Coysevaux lamenta que la plaza “carece, teniendo terrenos, de almacenes, aljibes y hornos a prueba de bomba; edificios cuarteles para la presente guarnición de dos mil hombres, mitad de lo correspondiente a su buena defensa” (5). Atender a estas necesidades sería la prioridad en los años siguientes, si bien los proyectos se vieron constantemente retrasados por las numerosas dificultades que traía aparejado el servicio en Elba.

3. Construcciones auxiliares

3.1. Los almacenes de víveres

La cuestión de los almacenes de víveres ya había marcado el gobierno de Pozobueno y continuaría siendo un asunto urgente para su sucesor, Diego de Alarcón. Ello se debía al carácter preferente de la ampliación de la guarnición hasta al menos 2500 hombres y al objetivo de contar con abastos para resistir al menos cuatro meses de asedio.

En la relación de obras indispensables de septiembre de 1722 (6) se planeó la edificación de un almacén a prueba de bomba en la cortina desde el baluarte de Toledo hasta el de Zúñiga, el cual costaría 2000 doblones. Pese a los avances en el lustro entre 1722 y 1727, a principios de ese último año se seguía usando la llamada torre del molino de viento como almacén de víveres, aunque no estaba protegida contra artillería, ya que el nuevo almacén proyectado era demasiado caro y el lugar elegido para levantarlo requería de la finalización de trabajos previos en las murallas.

A finales de 1727 Verboom seguía incluyendo el mencionado depósito en su relación de obras pendientes para ejecutar en 1728 (7) y sería Simón Poulet, sucesor de Coysevaux como ingeniero en jefe, el que se ocuparía del asunto en adelante.

Este aparente fracaso fue compensado con otras imaginativas soluciones. La costa oriental de Elba y especialmente el entorno de Longón estaban horadados de numerosas cuevas, que durante estos años fueron ampliadas y adecentadas para usos diversos, desde el almacenamiento a la creación de minas para el recinto fortificado. En 1727 se afirmaba que se habían excavado grutas con capacidad para 200 hombres y 70 heridos que servían también como almacén de vino, aceite, aguardiente y medicamentos. En las grutas fueron planeados también dos hornos capaces de cocer cada uno 500 raciones de pan, que en 1727 eran de las pocas construcciones a prueba de bomba que estaban en vías de concluirse. En las excavaciones tuvo un gran protagonismo la compañía de minadores con la que contaba la guarnición de la plaza, aunque los presidiarios cargaban con gran parte de los trabajos. Afirmaba Coysevaux: “los desterrados en excavaciones de tierras y grutas tienen ocupación aquí por 20 años” (8).

3.2. Almacenes de pólvora

La capacidad de almacenar pólvora suficiente para resistir un largo asedio era una cuestión prioritaria en todas las fortificaciones geográficamente remotas de la época, al juzgarse improbable la llegada de un ejército de auxilio con rapidez, especialmente en los entornos insulares. Ya en la relación de 1722 estaba previsto concluir un pequeño almacén con capacidad para 700 quintales de pólvora junto al baluarte de Castellón, obra valorada en 130 doblones que exigía a su vez reforzar el parapeto de la cara izquierda de dicho baluarte para protegerlo de la artillería, y construir otro nuevo más grande para 2700 quintales junto al almacén de víveres de la cortina entre Zúñiga y Toledo por 2000 doblones.

La reforma del almacén de Castellón sería retrasada hasta 1726, ya que se dictaminó que primero debía avanzarse en las obras del parapeto del baluarte. No obstante, en enero de 1727 se indicaba que el mismo se había concluido sin realizar dicha obra auxiliar, que quedaba

pendiente. El gran almacén sí había sido concluido por entonces y su fisonomía puede consultarse en algunos planos conservados en el Archivo General de Simancas (9).

3.3. Cuarteles

En 1722 se planificó la erección de un cuartel para oficiales con 15 aposentos con sus cocinas delante de las cisternas del baluarte de San Roque, así como de un cuerpo de guardia en el baluarte de Toledo. En febrero de 1725 se informaba de la conclusión de dicho cuerpo de guardia gracias a los materiales traídos desde Livorno, los cuales una vez más eran los que hacían posible mantener el ritmo de los trabajos, a pesar de los retrasos.

Coysevaux se quejaba de que las autoridades toscanas se hubieran negado a “fabricar un corto desembarcadero para el transporte de los materiales a esta marina diciéndose que exhaustaría los almacenes, cuando la madera se halla sin caber en ellos por cantidad” (10). Livorno o Liorna siempre había sido el principal nexo de Longón con la península italiana, pero su crecimiento en el XVII, favorecido por la participación en el entramado imperial español (Zamora Rodríguez, 2016: 32), convirtió al puerto toscano en el cordón umbilical al que Longón debía supeditarse para casi cualquier asunto. La dependencia respecto a Livorno y la imprevisibilidad de los suministros desde allí serían una de las causas, junto a los roces con el gobernador Alarcón, que exasperarían a Coysevaux y motivarían que empezara a solicitar su traslado ya en 1725, aunque el mismo no le sería concedido hasta dos años más tarde. Uno de sus últimos logros sería el establecimiento de una fábrica de mampostería en la isla para reducir esa dependencia del exterior.

El cuartel principal junto al baluarte de San Roque mencionado anteriormente no se había terminado en 1725, pero sí en enero de 1727. Finalmente tuvo un mayor tamaño, con 30 aposentos. Del éxito del proyecto da fe el hecho de que en la lista de Verboom sobre las obras pendientes para 1728 se incluyera añadir nueve aposentos más para oficiales. El plano que recoge esta última propuesta se conserva también en Simancas (11).

3.4. El problema del abastecimiento de agua y la solución del aljibe

Longón contaba con una dificultad específica que era uno de los factores que impedía que se pudiera convertir en una base mediterránea de mayor porte: su situación en una isla pequeña con escasos recursos económicos, humanos, naturales e hídricos. Las instrucciones a Pozobueno hablaban de la “pobreza e infelicidad” de la isla, el ingeniero general Verboom hizo referencia a la “cortedad de aquel país” (12) y la relación de Coysevaux informaba de que gran parte de la tierra en Elba no era “apta para sembradura”. El puerto no tenía fuente natural de agua dulce y era un único manantial junto al reducto de Barbarroja el que proveía de agua a toda la guarnición, de manera que “siendo tan poca en verano, es indispensable la cisterna proyectada en el baluarte de Toledo”.

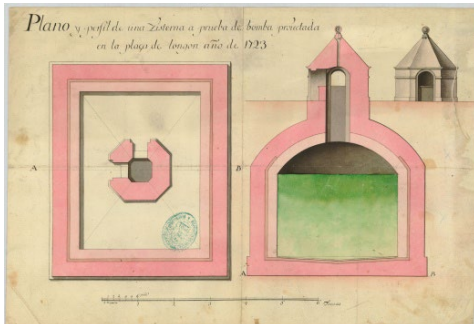


Fig. 2- Plano y perfil de una cisterna en Longón, 1723, España, Ministerio de Defensa, Archivo General Militar de Madrid (AGMM), C-8-14

La preocupación por el abastecimiento de agua fue siempre una prioridad y se acentuó en este momento ante la perspectiva de ampliar la guarnición. El listado de obras indispensables redactado por Coysevaux en septiembre de 1722 recogía la urgencia de construir “un aljibe en el baluarte de Toledo a prueba de bomba que contendrá en sí ciento y sesenta mil raciones de agua, no habiendo otra tanta en las demás existentes en la plaza” (Fig. 2), cuyo coste se valoraba en 500 doblones. No obstante, en enero de 1723 el gobernador Diego de Alarcón afirmaba que se habían destinado 1000, no habiéndose reparado en gastos en una obra urgente que exigió el concurso de trabajadores venidos de Livorno y Roma ante la escasez de obreros locales.

En junio de 1723 Coysevaux y Alarcón declaraban que lo invertido en esta cisterna o aljibe, el nuevo almacén de víveres y el nuevo cuartel de 15 aposentos ascendía a 2900 doblones en total. En la revisión de la lista de obras que el ingeniero hacía en enero de 1727, se indicaba que dicho aljibe se había concluido “de ciento ochenta mil raciones”, es decir, más grande de lo planeado en 1722. Quizá fue en el abastecimiento de agua en lo que más se avanzó durante ese lustro, pues además del gran aljibe o cisterna se construyeron, de menor tamaño, otras tres cisternas, “y se ha fabricado un muro de detención en su cuneta nueva que reserva considerable porción para acémilas y ganados” (13).

Un mejor suministro hídrico propiciaba asimismo una mejor atención sanitaria, por lo que los progresos con las cisternas permitieron a su vez reparar y mejorar el hospital. Esta intervención había concluido en 1727 con un guardarropa nuevo y alojamientos adicionales para el doctor y el enfermero mayor.

4. Obras de fortificación

4.1. Las defensas de Longón

Coysevaux definía así el perímetro fortificado de Longón en su relación de 1722: “el recinto de la muralla es pentagonal, irregular, de seiscientas noventa toesas de circunferencia, tiene parapeto solamente en los dos frentes de tierra, que son circundados de un foso de ocho toesas de ancho delante [de] las caras de los baluartes”. En el tránsito entre los siglos XVII y XVIII, Porto Longone era una fortaleza pentagonal rematada por cinco grandes baluartes: Castellón, Toledo, Zúñiga, Graneros y Roque (Fig. 3). De estos, los más importantes eran los tres primeros, ya que vigilaban el frente del mar y eran la principal protección con la que contaban las embarcaciones que se refugiaban en la dársena. A su alrededor se encontraban una serie de obras exteriores en tres niveles consistentes en revellines, medialunas y hornabeques de entre las que destacaban los potentes fuertes de Barbarroja y Santiago, que protegían Longón de un ataque por tierra desde el este, el norte y el oeste.

4.2. El fuerte de Fajardo

Cuando llegó a la plaza, el diagnóstico de Coysevaux fue especialmente duro en lo que respecta a las obras exteriores del recinto, cuyos

terraplenes, fosos y parapetos juzgaba insuficientes cuando no inexistentes. La erección del fuerte de Fajardo o Focardo fue una buena iniciativa en el XVII, pero en las últimas décadas apenas se había invertido en su mejora y ampliación. En 1722 Coysevaux definía así sus características y su situación: “formando sobre un peñasco un cuadrado de veinte y ocho tuesas de poligon, fortificado de dos ángulos salientes, un baluartillo y dos medios, poco capaz. Visto de las alturas vecinas, que facilitan al enemigo cubrirse de la plaza para atacarlo”. Considerando el

problema de las elevaciones cercanas, el ingeniero estimaba que los únicos reparos que tenían sentido eran levantar sus muros, acabar su foso y mejorar su capacidad de alojamiento, pues desde la zona de Capoliveri, al sudoeste, podía ser batido por artillería sin que desde la fortaleza principal se le pudiera auxiliar. En los sucesivos planes de la década de 1720 se propuso invertir 913 doblones en sus obras, la misma cantidad que para el fuerte de Santiago, aunque a la altura de 1727 no se habían acometido los trabajos en ninguno de los dos reductos.

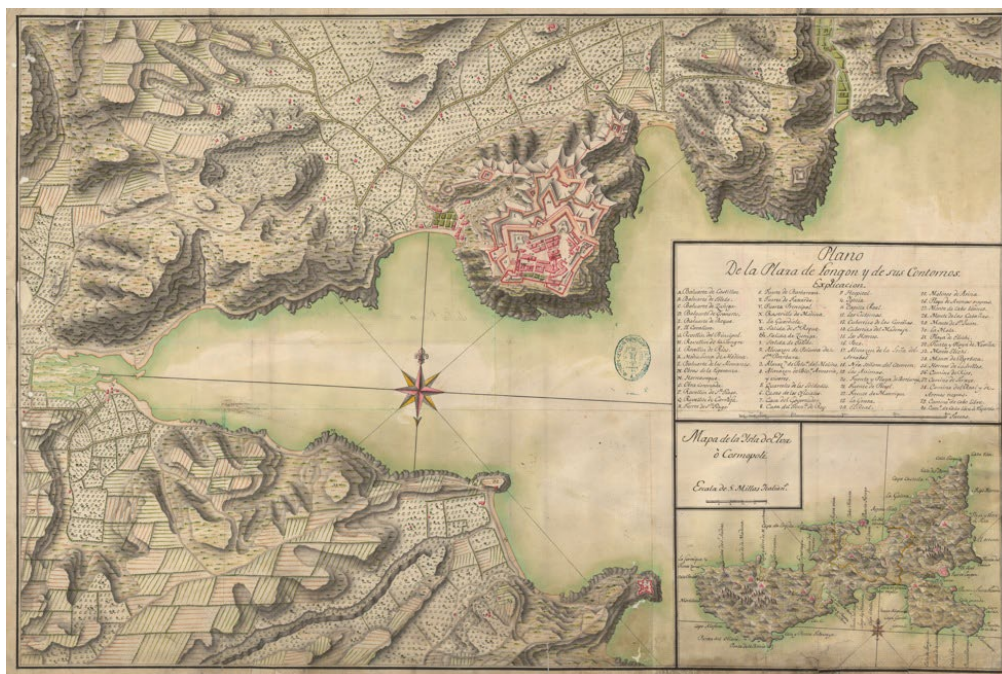


Fig. 3- Plano de la plaza de Longón y de sus contornos, España, Ministerio de Defensa, Archivo General Militar de Madrid, IT-01-11

4.3. Reparos necesarios en la fortaleza

Una vez se encauzó la construcción de los edificios básicos para la guarnición, poner la fortaleza de Longón en buen estado de defensa, como manifestaban los propios ingenieros, fue la siguiente meta de los proyectos de obras. Como se ha señalado, el perímetro fortificado de la plaza había sido víctima de los inconsistentes criterios de los responsables anteriores, por lo que requería numerosas alteraciones y mejoras para que la fortaleza recuperara una capacidad de defensa efectiva, sin obstáculos ni elementos superfluos que ayudaran más al atacante que al defensor, y

alcanzara unas mínimas garantías de éxito en caso de ser atacada.

Entre las intervenciones planificadas en 1722 y que en algunos casos habían sido ya sugeridas anteriormente por Montaigut estaban las siguientes: construir un parapeto por la parte del frente del mar entre los baluartes de Toledo y Castellón; realizar obras y excavaciones en los glacis y ángulos flanqueados frente a los baluartes de Zúñiga y Castellón; reparar el flanco del baluarte de San Roque y los parapetos de los frentes de tierra, así como terminar el parapeto y terraplén de la cortina de la entrada de Longón, lo

que hasta entonces había sido impedido por los alojamientos de oficiales construidos junto a esta; reparar la contraescarpa de la entrada, que no cubría a los defensores; reformar las medialunas; y por último, construir una escalera en el foso para subir a la contraescarpa delante del baluarte de San Roque, que finalmente no se hizo por juzgarse mejor construir una en el costado del revellín llamado de la Sangre, entre los baluartes de Graneros y San Roque. Para apoyar las obras exteriores en caso de sitio se preveía contar con 40 000 fajinas y 120 000 piquetes de leña por 980 doblones. El coste total de las obras indispensables de 1722 estaba valorado por Coysevaux en 12 437 doblones de a cuatro pesos.

A la altura de 1727 se había avanzado bastante en algunas de estas obras, pero otros problemas seguían sin resolverse, como por ejemplo el ángulo flanqueado del baluarte de Castellón, el flanco de San Roque, la cortina de la entrada, por el motivo de los mencionados alojamientos, o buena parte de las tareas pendientes en los glacis y los fosos. En cualquier caso, estos retrasos no deben empañar el relativo éxito logrado durante ese lustro en las murallas: en enero de 1727 se habían construido ya 240 toesas del recinto exterior, faltando solo 120 que harían las veces de cortina entre los baluartes de Castellón y Toledo en el frente del mar.

4.4. Las obras exteriores y el fuerte de Barbarroja

En lo que respecta a los anillos más exteriores del perímetro fortificado, en 1722 estaba pendiente componer las tres medialunas o revellines de los frentes de tierra, cuyos fosos, estacadas y parapetos eran insuficientes, así como el camino cubierto, considerado demasiado angosto, los fosos y las comunicaciones con los fuertes de Santiago y Barbarroja. Para subsanar esta última circunstancia, Coysevaux proponía construir dos caponeras en el foso. Coysevaux consideraba ambos reductos “en estado de no ser tomados sin artillería, siendo los únicos que se pueden defender con tesón”. Para enero de 1727, el fuerte de Barbarroja había sido reparado con mampostería y su foso había sido ampliado.

En mayo de 1727, pocos meses antes de abandonar Longón, Coysevaux detallaba al marqués de Castelar los progresos en las obras de fortificación: “debo decir a V.E. que está acabado todo el parapeto de estos frentes de la mar, con la

mayor regularidad y solidez, faltando, en este último trecho, desde el baluarte de Toledo hasta el de Castellón, alguna parte de sus terrenos a arreglar, para la más posible perfección”.

En enero de 1727 Coysevaux afirmaba que se había gastado 6606 doblones de los 13 877 que costaba el proyecto general de 1722 (una ligera subida desde los 12 437 presupuestados inicialmente), por lo que se necesitaban todavía 7271 doblones para completar el plan. Además de esas cantidades, en la relación de 1727 proponía invertir 2220 doblones para otras obras y reparaciones menores que habían surgido sobre la marcha: 1160 para el interior de la plaza, 360 para los reparos al pie de la muralla y 700 para los fuertes exteriores. En esa cifra no iban incluidos los 2000 doblones que costaba el almacén de víveres pendiente desde 1722.

En su dictamen a Castelar de septiembre de 1727, Verboom apoyaba una vez más el plan general de su subordinado Coysevaux, pues “mientras no se ponga en práctica este proyecto, nunca tendrá Longón una buena defensa” y lamentaba, siguiendo un diagnóstico similar al que ya había hecho el marqués de los Vélez en el siglo XVII, la excesiva cantidad de obras exteriores, que exigían una guarnición demasiado grande para dotarlas todas, si bien exculpaba de este problema a Coysevaux, cuyo plan contemplaba una solución definitiva.

3. Conclusiones

A partir de 1728 otros ingenieros continuarían el desarrollo de los planes de Coysevaux para Longón, destacando Simón Poulet y Antonio Rivière. Sin embargo, pronto la plaza pasó a un segundo plano desde el momento en que el infante don Carlos desembarcó en Toscana en 1731 para asumir la futura herencia del gran ducado. Los ingenieros de Porto Longone se pusieron inmediatamente al servicio del príncipe español en sus nuevos estados, de manera que en los años siguientes encontramos a Poulet trabajando en proyectos para plazas toscanas como Livorno y a Antonio Rivière en Portoferraio, puerto ocupado junto con la parte toscana de Elba por la guarnición de Longón.

La Guerra de Sucesión polaca significaría el fin del aislamiento de la plaza, que desde 1735 volvería a vincularse al resto de presidios toscanos y a los reinos de Nápoles y Sicilia. Pero Longón, renombrado Porto Azzurro en el siglo

XX, difícilmente podría haber resistido aislado dos décadas sin el tenaz esfuerzo de la guarnición y los ingenieros destacados allí, que en un contexto adverso dominado por la escasez de recursos de toda clase y con la amenaza constante de un ataque por parte de las grandes potencias europeas, fueron capaces en pocos años de poner la fortaleza en un estado óptimo de defensa.

Los proyectos, relaciones y dictámenes sobre Longón redactados entre 1722 y 1727 demuestran

una mentalidad avanzada e ilustrada plenamente racionalista, que afrontaba la reforma de la plaza de una manera integral, atendiendo con el mismo rigor técnico tanto el perímetro defensivo como los edificios militares y civiles interiores. Se buscaba no solo convertir Porto Longone en una fortaleza formidable sino también hacer del enclave un lugar habitable, con unas condiciones aceptables de vida y servicio, lo que contribuiría a mejorar sus capacidades defensivas ante cualquier eventualidad.



Fig. 4- Vista aérea de la fortaleza-prisión de Longone y la localidad de Porto Azzurro en la actualidad. Fuente: elbaworld.com

Notas

- (1) Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría de Guerra (SGU), Legajo 3695, Pedro Coysevaux, 1722, “Relación de la plaza de Longón”.
- (2) AGS, SGU, 3695, Abril de 1717, “Sobre instrucción dada al gobernador de Puerto Longón”.
- (3) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, Longón, 10 de diciembre de 1724, “Obras que se deben hacer en el presidio de Longón. Año de 1725”.
- (4) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, Longón, 15 de enero de 1727, “Relación de Longón. Enero de 1727”.
- (5) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, Longón, 1722, “Relación de la plaza de Longón”.
- (6) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, Longón, 28 de septiembre de 1722, “Relación de las obras que son indispensables en la plaza de Longón...”.
- (7) AGS, SGU, 3695, El marqués de Verboom, 30 de septiembre de 1727, “Relación de las obras

y reparos que se proponen ejecutar en la plaza de Longón...”.

- (8) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux al marqués de Castelar, Longón, 25 de mayo de 1727.
- (9) AGS, Mapas, Planos y Dibujos (MPD), 12, 221 y 222, “Plano, perfil y elevación del almacén de pólvora a prueba de bomba fabricado en Longón, año de 1725, y de su excavación”.
- (10) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, 11 de marzo de 1725, “Pide licencia para ir a la Corte o se le mude de destino”.
- (11) AGS, MPD, 12, 223, “Plano, perfil y elevaciones del cuartel de San Roque fabricado en Longón, año de 1725...”.
- (12) AGS, SGU, 3695, El marqués de Verboom al marqués de Castelar, Madrid, 30 de septiembre de 1727.
- (13) AGS, SGU, 3695, Pedro Coysevaux, enero de 1727, “Relación del estado actual del presidio de Longón...”.

Referencias

- Baudot Monroy, M. (2016). No siempre enemigos. El viaje del infante don Carlos de Borbón y la expedición naval hispano inglesa a Italia en 1731, *Obradoiro de Historia Moderna*, 25, pp. 243-275.
- Baudot Monroy, M. (2022). Puerto Longón: la llave de Felipe V para regresar a Italia después de Utrecht, *Studia Historica. Historia Moderna*, 44 (2), pp. 169-200.
- Espino López, A. (2019). *Fronteras de la monarquía. Guerra y decadencia en tiempos de Carlos II*, Lleida, Editorial Milenio.
- Galland Seguela, M. (2008). *Les ingénieurs militaires espagnols de 1710 à 1803*. Madrid, Casa de Velázquez.
- San Felipe, Vicente Bacallar y Sanna, marqués de (1725). *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Phelipe V el Animoso, desde el principio de su Reynado, hasta la Paz General del año de 1725, dividido en 2 tomos*. Génova, Matheo Garvizza. Biblioteca Nacional de España (BNE), 9/94598, vols. 1-2.
- Storrs, C. (2021). The Savoyard state between the powers, 1688-1748. In: Albareda, J. y Sallés, N. (eds.). *La reconstrucción de la política internacional española*. Madrid, Casa de Velázquez, pp. 169-182.
- Zamora Rodríguez, F. (2016). Urbanismo de un puerto “imperial” en el Mediterráneo. Especulación inmobiliaria y relaciones transnacionales en la Edad Moderna, *História Revista*, 21 (3), pp. 29-46.